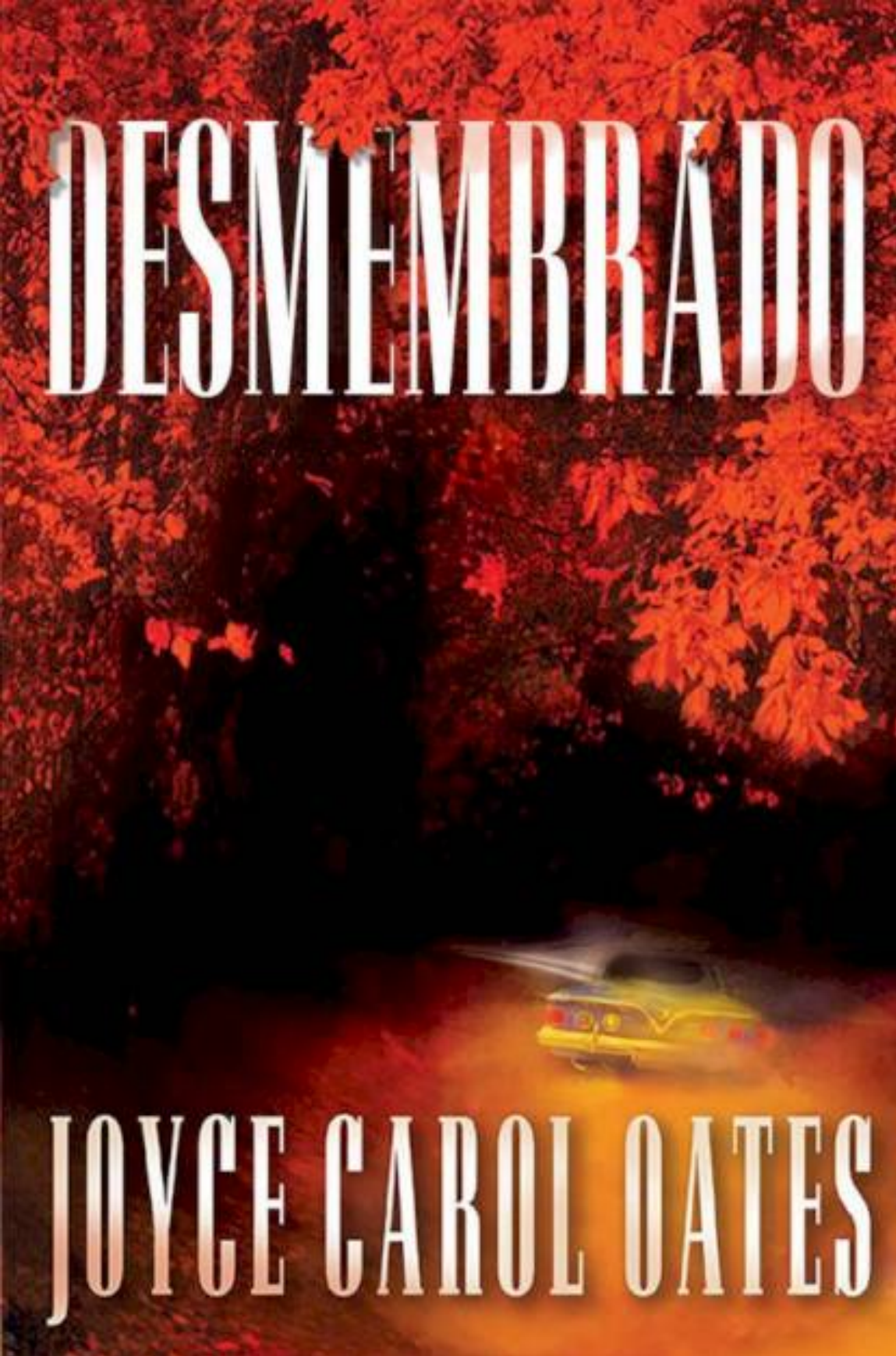


DESMEMBRADO

A vintage car, possibly a yellow or light green, is driving away on a road that winds through a dense forest. The trees are covered in vibrant autumn foliage, with leaves in shades of bright orange, red, and yellow. The scene is captured from a low angle, looking down the road. The overall atmosphere is warm and nostalgic.

JOYCE CAROL OATES

En su última colección de relatos, Joyce Carol Oates ahonda en las vidas de niñas y mujeres vulnerables: unas se convierten en víctimas mientras otras se ven incitadas por un profundo malestar emocional a cometer actos violentos contra los demás.

En *Desmembrado*, el relato que da título al libro, una niña precoz de once años, llamada Jill, se sube al Chevrolet azul celeste de un pariente de la familia, un hombre atractivo y misterioso, que la conducirá a un destino incierto e imposible de olvidar; en «El pasadizo», finalista del premio Edgar al mejor relato breve, una viuda regresa de manera obsesiva a la casa que antaño compartía con su marido, hasta que una invitación a entrar por parte de los nuevos propietarios adquiere visos amenazadores; en «La chica ahogada», una estudiante universitaria se obsesiona con el caso de una mujer que murió ahogada o fue asesinada.

Todos ellos son relatos sobrecogedores, Joyce Carol Oates consigue inquietarnos con sus historias construidas en el territorio del miedo.

Índice de contenido

Desmembrado

I

II

III

IV

El pasadizo

Desengaño

I

II

III

IV

V

VI

La chica ahogada

I

II

III

Situaciones

I. Gatitos

II. Un beso feroz

III. Esperanza

La garza azulada

¡Bienvenidos al vuelo entre amigos!

Agradecimientos

Sobre la autora

Para Henri Cole

DESMEMBRADO

I

Cuéntanos lo que sabes. Lo que recuerdes.

Me he subido al tejado del viejo granero de mi abuelo. Noto la chapa caliente contra las piernas desnudas, contra los muslos. Este es un sitio prohibido. El tejado inclinado, las planchas de cinc mal ensambladas y ardientes bajo el sol.

Ya no soy tan pequeña como para andar encaramándome al tejado del granero. Dejamos de hacer eso cuando estábamos en segundo de secundaria.

Te olvidas. Deja de interesarte. Hay otras cosas que hacer.

Sientes desprecio por las cosas que hacías de niña, incluso las prohibidas, cuando tienes unos años más.

Él conduce su Chevrolet por Iron Road. Es de un azul cielo radiante y con embellecedores cromados que destellan como si fueran ojos que parpadean. En su interior, tapicería de color crema. Hay manchas en el asiento de atrás que él ha tratado de quitar con algo que huele fuerte como el queroseno, de modo que las cuatro ventanillas están bajadas para que se vaya el mal olor.

Está fumando un cigarrillo. El humo envuelve su preciosa cara alargada que parece la de una muñeca. Saca el brazo izquierdo por la ventanilla abierta. Al frente, el asfalto de la carretera de dos carriles refulge bajo el calor como un espejismo en el desierto.

De Iron Road pasamos a Mill Pond Road, que en su mayor parte es un camino de grava y tierra. Pastos, maizales, bosques. Casas de labranza, edificios agrícolas. Silos. El Chevy azul cielo reduce la marcha, el conductor frunce el ceño detrás de las gafas como un cazador sin prisa, que se toma su tiempo.

Según dicen, Rowan Billiet es el primo (medio primo) de mi madre.

Según dice mi padre, por lo que a él concierne, Rowan Billiet no es pariente nuestro, en absoluto.

Lo que sin duda no es verdad es que Rowan Billiet sea mi tío. No es el hermano pequeño ni de mi padre ni de mi madre, así que no puede ser mi tío. Pero, al igual que otras falsedades publicadas en los periódicos locales, eso se repetiría hasta que todos llegaron a creerlo (erróneamente), y décadas después se recordaría de esa forma imprecisa en que rememoramos sueños terribles que se han desvanecido hasta tornarse recuerdos como gotas de agua sobre el papel pintado de la pared.

«Aquel joven tío tuyo, cómo se llamaba...».

«Aquel tan guapo que siempre conducía coches lujosos...».

Toma el desvío a Cattaraugus Creek Road, que es nuestra calle. ¿Está Rowan Billiet paseándose tranquilamente por la accidentada campiña al norte de Strykersville, sin destino alguno en particular? ¿Limitándose a comprobar adónde lo lleva su Chevy azul cielo?

Como si anduviese en busca de agua con una varilla de zahorí. Más o menos así.

Rowan tiene parientes repartidos por todo el condado de Beechum. Ni uno de ellos es un pariente cercano, ni uno es lo que se consideraría «familia».

Rowan aparece en sus casas, solo para saludar. A veces, Rowan se queda únicamente unos minutos, porque se da cuenta de que no es un buen momento, o quizá la persona

a la que ha ido a visitar no está en casa. A veces, Rowan se queda más rato, por ejemplo si lo invitan a cenar.

En nuestra casa, a Rowan nunca lo invitan a cenar. La razón parece ser (eso he deducido) que mi padre lo odia.

¡Por qué iba alguien a odiar a Rowan Billiet! En su Chevy, que huele a queroseno y a tabaco, sonríe para sí ante semejante idea. Tararea al son de la música en la radio del coche, lo bastante alta para que se oiga sobre el ruido del viento que entra por las ventanillas abiertas. «Tac, tac», tamborilea con sus dedos finos sobre el volante.

Tiene dedos de chica, dice la gente de Rowan Billiet.

Tiene cara de muñeca, se dice de Rowan Billiet.

Vaya, si uno no puede tomarse en serio ni su nombre: Rowan Billiet.

Entre primero y segundo de secundaria dio la sensación de que pasaran varios años y no uno solo.

Habíamos crecido jugando entre la chatarra de coches, camiones y tractores que había en el solar junto a la casa de mi tío. Mason, el hermano (hermanastro) mayor de mi padre, que era dueño de una gasolinera y un taller de reparación de coches en Cattaraugus Creek Road, a un kilómetro y medio de nuestra casa.

De la casa de labranza en la que vivíamos con los padres (adoptivos) de mi madre, que en realidad (un dato del que tardé décadas en enterarme) no eran unos desconocidos para sus padres biológicos, sino el hermano y la cuñada de uno de ellos.

Todo eso había pasado tiempo atrás, antes de que yo naciera. No tenía la menor idea de ello ni tendría el menor interés en muchos años, hasta llegar al menos a la edad de mi madre, en el momento en que Rowan Billiet apareció de manera especial en mi vida en 1961.

El depósito de chatarra de mi tío también era un sitio prohibido. No querían que fuéramos allí. Era fácil hacerse

daño. Y si eras una niña era especialmente fácil, nos advertían.

Nuestras rodillas desnudas llenas de arañazos y sangrando. En mis piernas, hilillos de sangre que brotaban de los cortes que me habían causado los trozos de vidrio al colarme por la ventanilla rota de un coche «siniestro total» en un accidente sobre el que la gente todavía murmuraba por toda Cattaraugus Creek Road. Me emocionaba ser la más pequeña de los cinco que andábamos jugando por ahí (tres niñas y dos niños, que eran nuestros hermanos pequeños) y la única capaz de colarme en un espacio tan estrecho y retorcido, y, luego, cuando mi madre me vio se quedó mirándome un momento hasta que se dio cuenta de que lo de mis piernas eran solo arañazos y de que la sangre brillante podía limpiarse fácilmente.

«¡Ay, Dios mío! Qué susto me has dado, Jill...».

En el depósito de chatarra de mi tío había una vieja caraca de grúa, con un gancho gigantesco y cubierto de óxido como si fuera sangre. Daba miedo ver ese gancho e imaginar, de algún modo, esa cosa tan grande enganchándose en carne humana...

Cuéntanos qué recuerdas, Jill.

Cualquier cosa que recuerdes.

Tómate tu tiempo. Intenta no alterarte. Ahora ya ha pasado todo, ya no corres ningún peligro.

Está diciendo que hay algo que quiere enseñarme.

Me llama «Jilly». Es su manera especial de pronunciar mi nombre, los demás no lo dicen así.

Ven, Jilly. Solo un pequeño paseo hasta el puente y de vuelta.

Rowan Billiet siempre se te acercaba demasiado. Y sonreía mordiéndose el labio inferior.

Me parece que no puedo. Ahora mismo no.

¿Por qué ahora mismo no? Ahora mismo es el mejor momento, hostia.

Eso me hace soltar una risita. Nadie les habla a las niñas de mi edad como lo hace Rowan Billiet cuando no hay adultos delante.

Me río como si unos dedos fuertes y rápidos me estuvieran haciendo cosquillas. Es angustioso y emocionante, y hace que mi corazón palpite más deprisa, aunque no de felicidad.

Rowan Billiet no es un chico del instituto pero tampoco es viejo como mi padre y mis tíos. Describirlo costaría un montón. Te hace reír. Te hace reír de una forma rara, como si no supieras por qué te ríes, y no querrías que un adulto te oyera y te preguntara por qué te ríes y qué es tan divertido.

Mis amigas que han visto a Rowan Billiet dicen que parece un Elvis Presley más bajo y con el pelo más claro. Es muy guapo, con el pelo rubio arena y fino como seda de algodoncillo que le cae en una onda en la frente, las cejas de color arena y un bigotito como una oruga de color arena sobre el labio superior.

El bigotito como una oruga se mueve sobre su labio cuando habla y cuando sonrío. Cuando lo veo me estremezco.

No sé cómo contestarle a Rowan Billiet cuando dice esas palabras, de modo que me lo repite, despacio y con paciencia: Hay algo en el riachuelo, debajo del puente. Algo que arrastró la corriente y se quedó ahí varado, en las rocas. Te vas a caer de espaldas cuando lo veas, Jilly.

«Te vas a caer de espaldas». Es una cosa rara que le he oído decir a la gente, y que me desconcierta un poco pero me hace sonreír.

Y Rowan sonrío aún más, tironeándome de la muñeca.

Rowan puede cogerme la muñeca con tan solo el índice y el pulgar.

Lo que vas a ver, Jilly, tiene que quedar entre tú y yo. Si se lo cuentas a los demás, no lo entenderán.

Sacudo la cabeza para decirle que creo que no.

Venga, vamos, nadie se va a enterar.

Mi madre sí se enterará...

¿Cómo va a enterarse Irene si tú no se lo cuentas? Además, parece que no hay nadie en casa.

La forma en que Rowan dice «Irene» me indica que conoce a mi madre de un modo en que a mí no me es posible conocerla, y que en lo que sabe de ella hay familiaridad y desprecio.

No quiero decirle a Rowan «Mamá solo ha ido a la compra a Ransomville, volverá en cualquier momento». No quiero que Rowan sepa que no hay ningún adulto en casa en este momento, excepto mi abuela, que se pasa el día entero entre la cocina y su habitación (en el piso de abajo y con las cortinas echadas) y ni se dará cuenta de que el Chevy azul cielo está aparcado a medio camino de la vía de grava compactada por la que se accede a la casa. Además, si viera a Rowan Billiet creería que es uno de los amigos del instituto de mi hermano.

Después, yo pensaría: «Sabía que debía venir cuando mamá hubiera salido. Cuando papá no estuviera en casa».

Entre semana, es raro que mi madre salga de casa a la hora que sea, pero es habitual que mi padre se haya ido a trabajar a la fábrica de radiadores de la General Motors en Strykersville.

Rowan frunce el ceño como si se esforzara mucho en no perder la paciencia. En darme otra oportunidad.

Es un secreto, ¿sabes, Jilly?

Si se lo cuentas a alguien no va a entenderlo.

Si se lo cuentas a alguien no volveré a llevarte nunca más a dar una vuelta en mi Chevy.

Rowan Billiet jamás me ha llevado a dar una vuelta en su Chevy, de modo que estará (posiblemente) confundiéndome con otra primita suya.

¿Qué? ¿Te vienes?

No digo que sí. Pero tampoco digo que no.

Noto una oleada de calor en la cara cuando Rowan me hunde el dedo índice en la muñeca.

Todo lo que va a ocurrir no ha empezado todavía. Rowan Billiet se levanta las gafas oscuras de aviador y me recorre con sus ojos muy brillantes entornados bajo el sol.

Venga, Jilly. Sube.

Deja que cierre yo esa puta puerta para que no quede medio abierta.

Cuéntanos lo que recuerdes. Cuándo empezó todo.

... Si hubo un momento en que empezaste a pensar que ahí pasaba algo. Que algo no iba bien.

*¿O ni siquiera pensaste eso? ¿Eras demasiado pequeña y te sentías muy intimidada por él?
¿Cuál de las dos cosas fue?*

Ir en el Chevy azul cielo me parece emocionante.

Desde el principio, Rowan me ve con buenos ojos.

Más adelante se sabría que el Chevy azul cielo de Rowan se lo había regalado un amigo (de Port Oriskany) o que a lo mejor se lo había vendido tan barato que había sido prácticamente un regalo. Lo mismo pasaba con el reloj de aspecto caro que Rowan llevaba en la muñeca izquierda y que le quedaba muy suelto incluso con la correa ajustada al máximo, de modo que no costaba imaginar que había pertenecido a un hombre mucho más robusto.

Mi padre diría que por qué demonios iba alguien a darle lo que fuera a Rowan Billiet, por el amor de Dios. La mera idea parecía enfurecerlo, como también les pasaba a otros hombres como él, que todo lo que tenían se lo debían a su trabajo y a quienes rara vez les regalaban algo

más que corbatas, calcetines, cinturones y jerséis ligeramente deformes tejidos a mano por mujeres de la familia.

En una ocasión en que mi padre habló indignado de Rowan Billiet, mi madre le dijo que no tuviera tan mala baba, que el «pobre» Rowan lo había pasado muy mal, sin una familia propiamente dicha.

Rowan debería darte lástima, no provocar tu odio.

Mi madre, en cierto sentido, se sentía culpable por Rowan Billiet. Porque la familia de ella no había hecho nada por él cuando era niño y (eso era confuso para mí, como todas las cosas que habían pasado antes de que naciera), porque sus padres se habían separado y vivían en sitios distintos, y cuando Rowan era solo un bebé se lo pasaban como una pelota, o quizá ninguno de ellos lo quería mucho. Y luego su madre murió, o tal vez no había muerto sino que la habían matado, la estranguló un tipo con el que se había enrollado, de modo que los ancianos abuelos de mi madre se habían llevado a Rowan a vivir con ellos, pero eso se acabó también al cabo de unos años.

Había abandonado los estudios a los dieciséis. Se metió en líos, lo suspendieron en todas las asignaturas, o quizá simplemente lo dejó porque odiaba la escuela y que le dijeran lo que debía hacer. No era un caso raro, pues muchos hijos de labradores no acababan la escuela, pero Rowan Billiet no era un hijo de labrador, él no tenía familia campesina y no heredaría ninguna casa de labranza en el condado de Beechum.

Contaban que Rowan Billiet había aprendido a «apañárselas por sí mismo», y lo decían con una especie de aprobación a regañadientes, pero siempre como si hubiera algo más que añadir que se guardaban para sí cuando podían oírles los niños.

Mi padre no siempre bajaba la voz aunque hubiese niños presentes. Cuando sentía ira o desdén. Como cuando le dijo a mi madre: «¡Joder! Menudo marica está hecho, que no lo pille merodeando por aquí».

Y mi madre protestó: «¡Eso es ridículo! Y de lo más desagradable. Por qué dices una cosa así, si ni siquiera es cierto...».

Mientras salía de la casa, mi padre soltó una áspera risotada como si mi madre hubiera dicho algo muy estúpido que no merecía una respuesta.

Marica. No sabíamos (todavía) qué significaba *marica*, pero sí entendíamos que era una palabra fea que las niñas nunca pronunciarían. Tampoco parecía una palabra que fueran a utilizar nuestras madres.

En cambio, era una palabra que utilizaban exclusivamente los hombres y los chicos mayores con la intención de expresar desprecio, asco, reproche y una especie de diversión incrédula. Y lo que tenía de especial *marica* es que iba dirigida tan solo (como advertimos, sorprendidas) a otro varón.

«Ajá, te vas a caer de espaldas con esto».

En el puente, Rowan Billiet me coge de la muñeca para guiarme por el escarpado sendero que lleva hasta el riachuelo. Me agarra la muñeca con el índice y el pulgar lo bastante fuerte para dejarme una marca roja en ella.

Solo es un gesto cariñoso, pienso. Como el de mi abuelo cuando me hunde los dedos callosos en el pelo y se supone que no debo encogerme ni gemir porque con eso heriría sus sentimientos.

Bajo el puente hay un gran rectángulo oscuro en el agua, que es la sombra del propio puente que se ondula como si estuviera viva y respirara. En el agua poco profunda, junto a la orilla, hay montones de piedras, pero también cascotes de hormigón y barras de hierro oxidadas, y es hacia esa dirección por donde Rowan me lleva para ver algo que al principio me parecen prendas de ropa o harapos o una cosa lanuda que se mece lentamente. A menos que

cierre los ojos (algo que Rowan no me permitiría hacer) no hay otro sitio adonde mirar.

¿Lo ves? ¿A que es genial? Mira qué tamaño.

Rowan suelta un silbido por lo bajo. Yo no comprendo lo que estoy viendo. Mis ojos parpadean y se llenan de lágrimas. Y qué olor tan fuerte, que sube en cálidas oleadas, como el calor de una rejilla de ventilación en el suelo, y que hace que me maree.

Rowan está diciendo que imagina que lo tiraron al agua río arriba. Hay una emoción en su voz que no había oído antes.

Y que flotó hasta aquí y quedó varado en las rocas. Es genial, ¿a que sí?

¿Sabes qué quiere decir *exanguinado*? Privado de toda la sangre.

Eso es lo que ha pasado aquí. Como un cerdo puesto boca abajo, o un pollo. Desangrado.

¿Y has visto que está hecho pedazos? Mira, puedo moverlos. La cabeza está separada del cuerpo... Esto lo hice yo.

Solo por divertirme, por mamonear un poco con mi cuchillo japo de acero al carbono.

¡Eh, por el amor de Dios! Nadie va a hacerte daño a ti.

Es un cuchillo estupendo. Me costó doce dólares. Acero al carbono hecho en Japón.

¿Quieres cogerlo? ¿No?

Lo usé así, como un serrucho, para cortar las vértebras.

¿Sabes qué son las vértebras, Jilly? Como las de tu columna.

Esto es tu columna, ¿has visto? Y aquí arriba también. Tu cuello también es tu columna.

Los dedos de Rowan están en mi nuca. Al principio la sensación es como un cosquilleo. Y luego me aprieta el cuello para hacerme saber que puede apretar mucho más fuerte si quiere.

Me está explicando, con excitación: Es como esas autopsias que hacen en la morgue. Ya sabes, las autopsias con un cuerpo humano que ves en las películas.

Desmembrado..., como un pollo cortado en pedazos, pero con un cuchillo especial.

Mira, he traído mi cámara. He tomado algunas fotos sensacionales. Pero no podía hacerme una foto a mí mismo.

Toma, coge mi cámara, Jilly, y hazme una foto justo aquí, en esta roca.

¿Sabes cómo funciona? Tienes que apretar este botón.

Mira a través de esa lente pequeñita, y luego aprieta el botón.

No te hagas la tonta, eres una niña lista de cojones. Todo el mundo lo dice.

¡Eh, por Dios!... Ten cuidado.

(La cámara ha estado a punto de escurrírseme de los dedos y caer al río, de tanto que tiemblo).

Rowan me arranca la cámara de las manos, maldiciendo.

Entonces ve mi cara de muerta de miedo y se ríe.

Ve cómo tengo arcadas, cómo me ahogo. Toso y escupo un líquido blanco y espumoso que me cae en la pechera de la blusa, mientras Rowan Billiet niega con la cabeza y se ríe.

¿Qué era eso que viste en el río?, me preguntan.

Qué era lo que Rowan Billiet me había llevado a ver y a tomarle fotos.

¿Un animal que se había ahogado? ¿Al que habían matado... a tiros?

¿El cuerpo de un perro? ¿De un ciervo? ¿De una oveja?

En mi vida hay cosas que no tienen nombre. Si cierro los ojos puedo verlas con claridad, pero siguen sin tener nombre.